

lia para compartir el ocio de los más poderosos. Entre los círculos burgueses más reputados cabe citar por ejemplo el Ateneo Mercantil, la Sociedad de Agricultura o Lo Rat Penat, junto a renovadas entidades como la Sociedad Coral El Micalet o la Sociedad Filarmónica. Unos lugares de encuentro para verse y ser vistos sus miembros varones, aunque por lo general fuesen acompañados de sus encopetadas esposas, que también ejemplifican los modernos cafés del casco antiguo como el Inglés o el España.

Unos ámbitos que contribuyen a reforzar vínculos y solidaridades identitarias tan poderosas como las que se generan entre las clases populares cuando frecuentan los mismos centros de ocio. Desde comienzos del siglo xx éstas puedan reunirse en la Casa del Pueblo, impulsada por iniciativa del ayuntamiento republicano blasquista como centro de reunión y acción cooperativista y cultural. Transcurrida algo más de una década, seguirán haciéndolo tanto en los círculos obreros de filiación socialista o anarcosindicalista que habrán proliferado como en algunas conocidas tabernas (Casa Cames, Capellá o Felipa). En ellas compartirán mesa y probablemente preocupaciones por las penurias económicas de la coyuntura de la Primera Guerra y posguerra mundiales (el desfase entre los encarecidos precios de los bienes de subsistencia y los salarios de los jornaleros o los trabajadores de los talleres) o familiares (la flagrante desigualdad salarial de las mujeres trabajadoras o de los niños). Tendrán que esperar todavía para que la «democracia valenciana» –son palabras de Manuel Azaña– les traiga, a partir de abril de 1931, el ansiado tiempo de esperanza de la nueva república de ciudadanos iguales, sin tiranos y con libertad.

## EL TRÁNSITO A LA CIUDAD MODERNA: LA VALENCIA DE LOS AÑOS 20 Y 30

[ALBERT GIRONA ALBUIXECH –UVEG–]

Para el País Valenciano la etapa de entreguerras fue un periodo de transformaciones económicas y de cambios sociales profundos. El impulso modernizador arrancaba de la coyuntura de la guerra, que asentaría las bases, se expandiría durante los alcistas años veinte, singularmente en sus áreas urbanas más dinámicas, como la ciudad de Valencia, y cobraría nuevo empuje coincidiendo con el periodo de la democracia republicana. Todo ello, que implicaría modificaciones sustantivas, tanto en el orden social y económico, cuanto en el universo político, las mentalidades o la cultura, no obstante, quedaría lastrado por la Guerra Civil y el primer franquismo.

### Una nueva forma de vivir: la ciudad moderna como modelo

«En trànsit a gran ciutat», así enjuiciaba Manuel Sanchis Guarner la evolución experimentada por el *cap i casal* en los años previos a la proclamación de la República. Un encabezamiento, sin duda, que hacía justicia a su particular esfuerzo por modernizarse a lo largo de las décadas de los veinte y de los treinta. Una Valencia, la de entreguerras, en permanente proceso de cambio y de crisis de crecimiento, dispuesta a desprenderse de sus tradicionales querencias rurales y provincianas para conseguir índices de moderni-



«En trànsit a gran ciutat», así enjuiciaba Manuel Sanchis Guarnier la evolución experimentada por el *cap i casal* en los años previos a la proclamación de la República. Un encabezamiento, sin duda, que hacía justicia a su particular esfuerzo por modernizarse a lo largo de las décadas de los veinte y de los treinta. Una Valencia, la de entreguerras, en permanente proceso de cambio y de crisis de crecimiento, dispuesta a desprenderse de sus tradicionales querencias rurales y provincianas para conseguir índices de modernidad semejantes a los de áreas urbanas similares de la Europa posbélica. En este sentido, la Primera Guerra Mundial y la etapa económica alcista de los veinte precipitaron en Valencia muchos de los cambios que asociamos a una sociedad de masas moderna de la Europa de entonces.

Tarjeta postal, 1925. Fototipia Thomas. Archivo Gráfico José Huguet. Vista de las torres de Serranos, c. 1920.

dad semejantes a los de áreas urbanas similares de la Europa posbélica. En este sentido, la Primera Guerra Mundial y la etapa económica alcista de los veinte precipitaron en Valencia muchos de los cambios que asociamos a una sociedad de masas moderna de la Europa de entonces.

La configuración de la ciudad como un área cultural abierta, dotada de una estructura económica más diversificada y urbanizada, y socialmente determinada por el acceso de las masas a todos los ámbitos de la vida colectiva, con todo, no fue un proceso lineal ni uniforme, ya que las alteraciones impuestas por la modernización se extendieron aquí, como en cualquiera otra urbe, en medio de las tensiones y desequilibrios que acompañan las dinámicas de cambio. Estas matizaciones, pese a ello, no invalidan los esfuerzos realizados, ni tampoco los resultados, por cuanto Valencia llevaba años mostrando su capacidad de vertebrar y de influir el territorio, luchando por contrapesar sus componentes rurales y, en fin, creciendo y atrayendo población, ya como demandante de nuevos trabajadores, ya como receptora de usuarios de servicios cada vez más complejos y diversos. Un crecimiento que, a la postre, sería suficiente para mudar las rancias inercias que encorsetaban su

vida social y política y para impulsar cambios modernizadores en el universo de la política o de la economía, pero también en la cultura, los medios de comunicación, el ocio o el deporte.

El resultado del proceso fue, pues, claro: la erosión de las formas de vida tradicional de vivir la ciudad y en la ciudad. Y eso era así porque, para bien o para mal, en el contexto europeo de entonces la ciudad se había convertido en el rasero de la modernidad. En realidad, las aportaciones tecnológicas, las grandes ideologías, las fórmulas políticas o los movimientos artísticos y literarios, todo había estado pensado por y para las ciudades. Eran realidades de la nueva sociedad de masas, nacida después de la guerra, que quería dejar detrás la imagen negativa de la ciudad segregada por las corrientes literarias de finales de siglo, como el simbolismo o el decadentismo, que habían insistido en el rechazo de la vulgaridad de la ciudad, de su impureza, de su suciedad. No se trataba de que las ciudades fueran la panacea de un mejor futuro. Simplemente, era lo único real que había, lo único a lo que el hombre moderno podía acogerse en aquellas décadas de entreguerras.

La presión demográfica hacia la ciudad, el desarrollo de las actividades económicas metropolitanas o el predominio del hecho urbano, fueron en este periodo de tal alcance que incluso en ciudades modestas y provincianas como Valencia, donde una cierta visión sentimental y nostálgica del campo estaba todavía muy arraigada, era difícil no encontrar otro marco que no fuera la ciudad como el camino más corto hacia la modernidad.

#### Una ciudad en crecimiento

En el caso de Valencia esta tendencia al crecimiento, además, no era meramente simbólico. Al contrario, era muy real. Desde el cambio de siglo la ciudad había crecido en su número de habitantes siguiendo un ritmo vivo (213.550 el 1900, 233.348 el 1910, 251.258 el 1920), acentuado en la década de los veinte hasta llegar el 1930 a los 320.195 vecinos, de los cuales 233.618 vivían dentro del casco urbano, 27.956 en los Poblados Marítimos y 58.621 en el resto del término municipal. Es decir, en el umbral de los años treinta acogía casi 70.000 personas más que en la década anterior y 106.000 más que al inicio de la centuria. Ahora bien, el origen de este aumento demográfico no estaba tanto en el crecimiento natural de la población (las diferencias entre los índices de natalidad y mortalidad), muy modesto, cuanto en el crecimiento real, en buena parte provocado por la llegada de inmigrantes de comarcas o de otras zonas del Estado, atraídos por las oportunidades laborales y la calidad de vida que ofrecía la Valencia posterior a la guerra. Prueba de ello es el aumento significativo conseguido por la ciudad en la centralidad demográfica provincial, el 30'7%, el más elevado hasta entonces.

Ahora bien, si espectacular había sido su crecimiento demográfico, no le iba a la zaga su paralelo desarrollo económico. Los años veinte, marcados por la reactivación de la exportación agrícola y la expansión de los sectores industrial-manufactureros y de servicios, aportaron un sensible cambio de sus estructuras económicas y sociales. En realidad el perfil socio-profesional de su población activa nunca había sido tan diverso como lo era el 1930: un 47% de personas dedicadas a actividades agrarias, un 31% a la industria y a la construcción y un 21% a los servicios.





Experiencias empresariales previas, como la Unión Naval de Levante (1924), la Compañía Valenciana de Cementos de Buñol (1917) o Transmediterránea (1916); la articulación empresarial y el protagonismo que durante estos años cobran los sectores industriales y financieros con la creación de la Feria de Muestras (1917), la organización del III Congreso de Economía Nacional (1918) –declaradamente industrialista y considerado como respuesta de estos sectores a la Exposición Regional de 1909– o la consolidación del Fomento Industrial y Mercantil del Reino de Valencia y de la Unión Gremial (1913), eran testigo de un impulso económico modernizador, de base cada vez más industrial y terciaria y cuyo impulso será todavía mayor en los años veinte y primeros treinta.

Durante la Dictadura (1923-1931), el propósito del régimen de regenerar la vida pública a través de una solución transitoria –un paréntesis– de emergencia y de contribuir al desarrollo económico, tuvo al principio los resultados deseados. Y la clase burguesa, agraria e industrial, valenciana valoró muy positivamente el nuevo clima de orden conseguido gracias al retroceso de la presencia sindical, la ausencia de conflictos sociales y al éxito de la política socio-laboral (comités paritarios). Entre muchas otras razones, porque la coyuntura dictatorial coincide con el auge de la agricultura exportadora, especialmente de los cítricos, que viven su ‘etapa dorada’ gracias a la revitalización de la demanda de los mercados europeos, la mejora del transporte y la comercialización. La prosperidad de los cítricos fomentó la canalización de la inversión hacia la agricultura de regadío (REVA, Regadíos de Valencia, SA, el 1928) y un paralelo desarrollo de la manufactura y la industria de consumo tradicional. Sólo el arroz, afectado por la competencia italiana que abastecía el mercado europeo en mejores condiciones, pasará por dificultades.

En este contexto, caracterizado por el dinamismo y la expansión económica, se produjeron iniciativas empresariales nuevas como la compra del Banco de Valencia (1927) o los intentos de conformar un «criterio económico valenciano» por parte de un sector empresarial interesado en influir en la economía y la política española: creación de la Unión Nacional de Exportación Agrícola (1924), impulso de la Cámara Agrícola de Valencia y constitución, bajo los auspicios del grupo industrialista que representaba

Ignasi Villalonga, del Centro de Estudios Económicos Valencianos (1929), dirigido por el catalán Romà Perpiñà Grau. La expansión de este grupo, en el fondo y en la forma más moderno que el tradicional agrarista, abrió en la ciudad y en su *hinterland* económico grandes expectativas de negocios. Los Casanova, Bonora, Primitiu Gómez, Devis, Serratosa, Villalonga... ejemplificarán estos nuevos intereses industriales y comerciales de la ciudad, perfectamente canalizados a través de sus entidades patronales, la Cámara de Comercio o el mismo Banco de Valencia, adquirido por Villalonga y Noguera para cubrir algunos de esos objetivos.

Durante los años treinta, la depresión económica que siguió al crac del 1929 apenas modificó esa tendencia, aunque la crisis, que afectó especialmente a los sectores agrarios exportadores, a causa de las políticas arancelarias y el proteccionismo de los países tradicionalmente importadores de sus productos, tuvo graves consecuencias sociales. A esta crisis agrícola y comercial acompañaría, igualmente, un estancamiento industrial y un aumento de las tasas de desocupación, tanto en el campo como en los sectores industriales y de servicios. El efecto de la depresión sobre la industria y la manufactura valenciana fue desigual, afectando sobre todo a sectores empresariales de la ciudad con intereses en la siderurgia, el cemento y la construcción naval (Altos Hornos, Unión Naval de Levante y la cementera de Buñol).

En resumen, una ciudad con un predominio agrario-comercial, pero con un sector industrial y de servicios de gran significación y un peso específico nada despreciable. La prevalencia de la agricultura, no obstante, era efectivamente real, por cuanto se trataba de una agricultura muy dinámica, de base exportadora, y lo que es más importante, con un significativo impacto sobre el conjunto de actividades económicas, tanto cuanto a los beneficios comerciales como en su efecto multiplicador sobre varias actividades urbanas a través de la demanda de bienes de capital o de consumo por parte de los agricultores y todos los que vivían del negocio agrario-exportador.

Antaño esta dependencia del campo circundando, de la huerta, le había otorgado a Valencia un aire tradicionalmente agrario y comercial, si entendemos como tal la prevalencia de estos intereses y la adherencia desde el punto de vista ideológico y cultural a unos usos y costumbres ligadas al campo y al comercio. Sin embargo, sorprende que ahora, cuando la ciudad había dejado de ser un centro agrario, Valencia todavía se aferrase a esta imagen colectiva, y aceptara acríticamente los referentes simbólicos acumulados como si quisiera legitimarse en términos de pasado, como si pretendiere investirse con cualidades de estabilidad a través de la tradición.

Ahora bien, esta imagen agrarista no habría de ocultar la verdadera realidad de los cambios. Especialmente porque estos años supusieron un salto cuantitativo y cualitativo en la estructura económica y social de la ciudad. Valencia crece y las transformaciones parecen indicar que se produce una clara modernización de los grupos sociales: aumentan los sectores comerciales, los empleados públicos y privados, así como los asalariados de la industria, mientras los artesanos, los agricultores y jornaleros agrícolas o el servicio doméstico, experimentan descensos significativos. Se constatan, así pues, un incremento del índice de terciarización de la ciudad y cambios en su estructura socio-profesional superiores a los que se podrían esperar en relación con zonas capitalistas más desarrolladas, lo que rompe con su imagen agrícola y su carácter provinciano.

Este tipo de crecimiento es el que determina su funcionalidad como ciudad central de servicios, y la obliga a enfrentarse a las nuevas realidades y a los nuevos problemas que se derivaban de su creciente urbanización, incluso en los aspectos menores. La presencia del caballo como medio de transporte, por ejemplo, tendió a desaparecer en beneficio de los tranvías eléctricos y, más tarde, del automóvil, lo que comportaba calles y avenidas más amplias, así como un ritmo urbano más trepidante y veloz. La demanda de trabajadores de servicios (desde las oficinistas a los vendedores de los almacenes) obligaba, asimismo, al desarrollo de un mercado de trabajo cada día más diverso, interclasista e intersexual (generalización de las secretarías y de las dependientas). Socialmente más abierta, la ciudad se veía obligada a cubrir la creciente demanda de servicios de transporte, de comida, de cultura o de entretenimiento y ocio.

### Una ciudad crecientemente urbanizada

Por acoger a los nuevos vecinos y a las nuevas actividades económicas, Valencia creció y se expandió urbanísticamente. Durante todos estos años, no obstante, en el *cap i casal* hubo más de transformación urbana que de urbanización. En el pasado más inmediato, a pesar de intentarlo, el blasquismo, hegemónico en el ayuntamiento, no consiguió imprimir claridad a sus acciones urbanas. Le faltó una voluntad explícita de transformación del espacio urbano en función de un modelo social y económico determinado. Nunca tuvo la pretensión de que Valencia dirigiese el territorio valenciano, consciente de su capitalidad. Y como se ha repetido hasta la saciedad, quizás esta sea la acusación más grave que se le podría hacer. Aunque a tenor del vacío ideológico de su política municipal eso no tenía nada de extraño. Ahora bien, si el PURA no tuvo un modelo de ciudad, lo mismo podemos afirmar de los concejales de la Unión Patriótica de la Dictadura o de los republicanos progresistas –azañistas, valeristas, valencianistas–, de los socialistas o de los grupos obreros (el anarquismo) de la Segunda República o de la Guerra Civil: tampoco tuvieron un modelo propio de ciudad.

Huérfana de dirigentes y de grandes proyectos, Valencia se transformó a sí misma. Y lo hizo a su modo, desde la anarquía más completa, sin planes globales y siguiendo las vías radiales de conexión entre el espacio urbano y el entorno agrícola de la Huerta. Fue así como la ciudad experimentó un crecimiento espectacular y consiguió hacerse con un espacio identificado y atrayente. En este sentido, las modificaciones operadas en su trama viaria (creación y mejora de la infraestructura viaria, construcción de nuevos puentes y de las rondas...) permitieron la accesibilidad al espacio urbano, el desarrollo de medios de transporte más modernos y el acceso a la orilla norte del Turia. En definitiva, la configuración de la trama viaria de la nueva ciudad, que precipitó su ensanchamiento físico para acoger los numerosos vecinos y, sobre todo, unos accesos más óptimos a su entorno socioeconómico.

Pese a ello, la pretensión de convertir Valencia en una gran ciudad, con todo lo que comporta (ordenación y trazado de los ejes viarios, agregación de áreas periféricas, ensanchamiento, especialización funcional de las zonas, red de transportes, nuevos equipamientos, renovación del centro histórico, espacios públicos, políticas de vivienda, etc.), empezó a concretarse en los

# PLANO DE NUEVAS LINEAS PARA LA REFORMA DEL INTERIOR DE VALENCIA



Los cambios introducidos por la Exposición Regional (1909), la propuesta de reforma interior de Javier Goerlich (1928), así como la construcción estratégica de nuevos edificios públicos, como los mercados Central (1910-1926) y de Colón (1914-1917), la estación del Norte (1916-1917) o de Correos y Telégrafos (1923), constituyen pruebas fehacientes de esa voluntad de redefinición de la nueva escala de la ciudad que, a menudo, quedaba a medio camino o sometida a una exasperante lentitud en su realización.

Reforma interior de Valencia por Javier Goerlich, 1929. Archivo Gráfico José Huguet.

años 20 y 30. Como se ha escrito, aquí no hubo, como sucedió en otras ciudades europeas, una propuesta de transformación urbana redonda, posteriormente desarrollada. Se trata, más bien, de modestas reformas –algunas del trazado urbano, otras de la edificación o de acciones puntuales– que con más o menos continuidad fueron transformando la ciudad en una dirección modernizadora.

Los cambios introducidos por la Exposición Regional (1909), la propuesta de reforma interior de Javier Goerlich (1928), así como la construcción estratégica de nuevos edificios públicos, como los mercados Central (1910-1926) y de Colón (1914-1917), la estación del Norte (1916-1917) o de Correos y Telégrafos (1923), constituyen pruebas fehacientes de esa voluntad de redefinición de la nueva escala de la ciudad que, a menudo, quedaba a medio camino o sometida a una exasperante lentitud en su realización, como ocurrió con los proyectos de grandes vías de comunicación (construcción de las dos gran vías y de la avenida del Antiguo Reino de Valencia, así como de las rondas exteriores de Trànsits, mientras la avenida





Plano General de Valencia, 1925.  
Detalle del plano parcelario del término  
de Valencia, 1929-1941. Instituto  
Geográfico y Catastral (hoja 47).





del Oeste quedaría inacabada o, como ocurrió con la avenida Real, simplemente no se hizo).

Durante la segunda década del siglo, la preocupación de las clases acomodadas y de los planificadores se centró en la construcción de un centro de servicios y de negocios, destinado a ofrecer mayores atenciones y mejores servicios en edificios emblemáticos, espaciosos y céntricos, para bancos públicos y privados, organismos territoriales del Estado, correos, mercados y estaciones, que ofrecían una imagen más viva de la ciudad, de acuerdo con su función social. Cubierto este objetivo inicial, la Dictadura intentaría completar la construcción del nuevo centro con un ambicioso programa de reforma urbana interior. El proyecto, que contemplaba la avenida del Oeste, la prolongación de la calle de la Paz hasta las torres de Quart, la ampliación de la plaza de la Reina o la remodelación del entorno de la plaza del Ayuntamiento, fue encargado a Javier Goerlich por el alcalde de la ciudad, el marqués de Sotelo. La reforma de 1928, criticada por algunos arquitectos porque suponía la transformación profunda del casco antiguo de la ciudad, entonces ya muy degradado, quedó incompleta, pero la gestión urbanística de Sotelo dejó recuerdo en la ciudad, especialmente por la finalización de las obras del mercado Central, la reforma de la plaza del Ayuntamiento o la pavimentación de casi todas sus calles.

Las reformas interiores, que ponían el acento en el diseño de barrios de prestigio donde centrar las futuras inversiones inmobiliarias, en la medida en que seleccionaban los vecinos, acabarían expulsando a la periferia a las familias populares, planteando la cuestión de la vivienda obrera con crudeza. La Dictadura, con la Ley de Casas Baratas aprobada el 1921 y con la Ley de Casas Económicas de 1925, permitió la construcción de modestas unidades de vivienda unifamiliar en barrios como los de Torrefiel, avenida del Puerto y paseo al Mar, que posteriormente relanzarían los ayuntamientos republicanos de los años treinta con los proyectos promovidos por las cooperativas de la Asociación de la Prensa y de Artes Gráficas. Aunque fueron las grandes edificaciones en bloques, destinadas a albergar a decenas de familias populares en áreas de los ensanches, como la expresionista Finca Roja de la calle Jesús o el racionalista edificio de los Agentes Comerciales de la gran vía Germanías, las consideradas más emblemáticas de este tipo de urbanismo obrero de estos años.

No obstante, muchos de estos cambios, que desde el punto de vista urbanístico instalaban entre los valencianos la ciudad burguesa, se produjeron en medio de grandes contradicciones y claroscuros.

En esta dirección, su cara más amable y moderna estaba muy bien representada por las reformas internas, el Eixample, las mejoras de abastecimientos y de servicios públicos (agua, gas, electricidad, tranvías...) o la asfaltada y limpia de sus calles más insignes. Es la imagen de la ciudad que refleja la pujanza de los estratos sociales de 'mayor condición', la clase burguesa dominante, cómodamente instalada, por ejemplo, en los distritos de Audiencia, Universidad o Teatro. Pero también de la nueva clase media ligada a los servicios, que junto a aquella está empezando a definir unas funciones sociales y una manera diferente de vivir la ciudad y en la ciudad. Aficionada a los bares, a la radio, al cine, al fútbol y a los espectáculos, esta nueva elite urbana exige limpieza y calles abiertas, y demanda bienes de consumo fáciles de manipular y nada difíciles de adquirir. Y entre estos bienes, la vivienda y la arquitectura, sujetas asimismo a las servidumbres de la moda, y en las que la adhesión al casticismo arquitectónico anterior empieza a ser sus-



tituida por la nueva arquitectura de masas que poco a poco introduce esta nueva clase urbana.

Con todo, aquí la introducción de las nuevas propuestas del movimiento moderno fue lenta y se produjo durante el periodo republicano, que sí que realizó un esfuerzo considerable en materia de construcciones escolares, sanitarias, ciudades-jardín o viviendas obreras, las famosas casas baratas.

La ciudad albergaba asimismo otra cara. Me refiero a la ciudad marcada por la pobreza, la falta de higiene y la insalubridad, por la ausencia de planificación y por los intereses especuladores, que se situaba en los barrios populares más desfavorecidos y los habitantes proletarios (asalariados, obreros industriales, dependientes, empleados domésticos, artesanos) de los cuales sólo podían moverse por intereses básicos –manutención, trabajo y salud–, y con grandes dificultades de acceso a la educación, a la cultura o al ocio.

La ciudad, por otro lado, mostraba un grado de segregación social muy acusado, apreciándose un denso proceso de agudización de las diferencias de clase. De hecho, a pesar del desarrollo económico y la movilidad social, continuaba siendo todavía una sociedad muy jerárquica, donde las diferencias sociales se ponían ostentosamente de relieve no sólo en el estatus económico o en la forma de vivir o de consumir, sino también en la propia forma de vestir. La blusa y las *espartenyas* aún diferenciaban con claridad a menestrales, agricultores y proletarios de la nueva clase media atada a los servicios o de la burguesía urbana tradicional.

#### La ciudad como espacio de trabajo y de consumo

Valencia había seguido un modelo de crecimiento urbano basado en la combinación de ciudad central, con un desarrollo del comercio y los servicios, y de ciudad exportadora en un contexto agrícola, pero con un proceso de desarrollo industrial lento de sectores atados a la agricultura comercial y a la producción de bienes de consumo. Este tipo de crecimiento es el que determinaba su funcionalidad como ciudad central de servicios.

Como tal, se distinguía de otros centros urbanos por la creciente centralidad que adquirirían desde el punto de vista económico o socio-laboral los

Cualquier vecino o visitante encontraba razonablemente en Valencia lo que buscaba, ya fuera para resolver problemas administrativos, comerciales o económicos, ya para consumir. Como ciudad central de servicios, pues, estaba preparada para recibir diariamente a miles de visitantes. Los de comarcas utilizaban los ferrocarriles eléctricos de cercanías (las líneas de Rafelbunyol, Lliria, Cullera, Castelló de la Ribera, Utiel y Xàtiva), que desde la 6 de la mañana hasta las 8 de la tarde desplazaban a miles de personas hasta la ciudad. Existían, además, 4 líneas de tranvías desde Silla, Torrent, Godella y Massamagrell, con servicios diarios toda la jornada, incluida la noche, así como 50 líneas de autobuses con prácticamente todos los pueblos de la provincia.

Omnibus Valencia-Godella, c. 1925-1926.

servicios, tanto en relación con la oferta como al consumo de los mismos. Por cuanto además de los servicios públicos propios de cualquier capital político-administrativa (diputación, delegaciones de organismos del Estado, audiencia, capitanía, policía, universidad...), o de los servicios –públicos o privados– que se pueden asociar a su dimensión demográfica y a su potencialidad económica, desde los años veinte Valencia había ido incorporando crecientemente muchos otros, que trascendían la oferta digamos normal para una urbe de sus características, y que eran precisamente los que le otorgaban un cierto aire cosmopolita.

En este sentido la ciudad, que siempre se mostró abierta, había realizado un gran esfuerzo por mantener y modernizar estos lazos con el exterior. Más en las modestas cosas que hacían agradable la vida cotidiana que en las grandes.

En realidad siempre había carecido de esos grandes proyectos que modernizan externamente una urbe. La derecha católica –primero la Liga Católica, después la DRV– o el blasquismo, hegemónicos en la ciudad, utilizaron a menudo esta desatención gubernamental con Valencia como arma electoral, denunciando la falta de inversiones. En 1932 distintas instituciones de la ciudad hicieron circular una relación de desatenciones del gobierno, titulada «Nota para la lista de agravios del poder central a Valencia y su provincia», que incluía peticiones como la ampliación del Puerto o la mejora de las comunicaciones con Madrid y la frontera (carreteras, ferrocarril, aeropuerto...), consideradas imprescindibles para la modernización de la ciudad. A falta de grandes fastos como los reunidos en Sevilla o Barcelona con sus Exposiciones Universales, Valencia debió conformarse con aquellos proyectos que sus propias fuerzas podían asumir. Su dinamismo, por tanto, hizo posible este tránsito hacia la modernidad, que tuvo más de privado y civil que de público.

Su vitalidad, en este sentido, había sido encomiable desde los años 20, cuando el desarrollo del comercio de exportación y de las actividades económicas urbanas le otorgaron un tono más cosmopolita a la ciudad. Prueba de ello eran los 1.426 extranjeros residentes censados el 1930, cuyos hijos podían estudiar en colegios como el Hispano-francés o la Alianza Francesa, o la presencia de importantes entidades financieras internacionales (Société Générale, Crédit Lyonnais, Banco Español del Río de la Plata de Buenos Aires) y de 38 consulados, representantes de los principales países europeos y americanos.

El que la hacía atractiva era eso: que cualquier vecino o visitante encontraba razonablemente en Valencia lo que buscaba, ya fuera para resolver problemas administrativos, comerciales o económicos, ya para consumir. Como ciudad central de servicios, pues, estaba preparada para recibir diariamente a miles de visitantes. Los de comarcas utilizaban los ferrocarriles eléctricos de cercanías (las líneas de Rafelbunyol, Llíria, Cullera, Castelló de la Ribera, Utiel y Xàtiva), que desde la 6 de la mañana hasta las 8 de la tarde desplazaban a miles de personas hasta la ciudad. Existían, además, 4 líneas de tranvías desde Silla, Torrent, Godella y Massamagrell, con servicios diarios toda la jornada, incluida la noche, así como 50 líneas de autobuses con prácticamente todos los pueblos de la provincia. Mientras los visitantes de otras provincias del Estado o del extranjero llegaban vía marítima, por carretera o ferrocarril. De Madrid se recibían diariamente 8 viajes, de Barcelona la misma cifra y de Calatayud-Teruel 4. El transporte aéreo, en cambio, no existió hasta la construcción del aeródromo de Manises



(1933) y pudieron realizarse los primeros vuelos de pasajeros (1934) por parte de LAPE (Líneas Aéreas Postales Españolas).

Hasta los años 20 el transporte era aún hipomóvil. Los automóviles era de lujo y los camiones escasos. Ciudadanos y forasteros, así pues, se desplazaban en los clásicos tranvías (las 10 líneas urbanas existentes, más la del Grao) y, sobre todo, en carros y caballerías, hasta el punto de contar muchas calles (especialmente las rondas) con planchas metálicas para la óptima circulación de los caballos. Carros tirados por caballerías de la Huerta y guiados por labradores de blusa y *espardenyes*, que de buena mañana se dirigían a los mercados de abastecimientos a descargar sus productos agrícolas, o a llevarse la basura de las casas particulares (los basureros de la Vega); aristocráticas berlinas con troncos de caballos y cocheros de capa alta utilizados por la alta burguesía en sus paseos por jardines y alamedas; y populares tartanas para el desplazamiento por la ciudad.

Durante los años treinta, no obstante, automóviles y tranvías comenzaron a desplazar a los carruajes a caballo. El proceso, con todo, fue lento y a finales de la década aún se celebraba cada jueves el *mercat d'animals* en el río, donde acudían agricultores y tratantes de equinos. En 1932 la provincia tenía ya matriculados un total de 13.147 vehículos de motor y la ciudad de Valencia unos 2.500, entre coches, camiones y tractores. Los primeros garajes y autogarajes, como se denominaban entonces, se construyeron en la década de los veinte y primeros treinta para utilizarse como servicios de aparcamiento, exposición, venta y reparación de automóviles, instalándose asimismo los modernos concesionarios, como los de Buick, Oldsmobile de General Motors, Dodge, Chrysler o Renault.

Tranvías, carros, algún solitario coche, y mucha gente caminando entre un mar de toldos: esta era la imagen cotidiana de sus calles. Toldos, en primer lugar, en los mercados al aire libre, repletos de vocingleros *xarraires*, tenderos y compradores, desde la popular ama de casa a la ataviada criada, cuyas lonas daban un aire colorista a calles y plazas. Y toldos en las entradas de las tiendas de las callejas comerciales del centro, toldos en las plazas con motivo de cualquier celebración festiva o sociocultural (verbenas, teatro o música al aire libre) y, en fin, toldos en las playas del Grao y del Cabanyal en improvisadas barracas de madera para bañistas.

### La ciudad como espacio social

La Valencia de los años 30 no sólo representaba edificios y calles. También era un privilegiado espacio de juegos sociales. La politización republicana, su proceso de democratización y la movilización social que le acompañó precipitaron la generación de toda una red de nuevos conflictos urbanos (sociales, políticos, ideológicos, religiosos), cuya presencia le confirió una dimensión desconocida: Valencia como escenario de juegos sociales urbanos, como lugar de confrontación de intereses modernos.

En primer lugar, los políticos, vividos aquí de forma descarnada, con pasión, tanto en el ayuntamiento como en la calle. Si antaño los alborotos de las calles los habían protagonizado blasquistas y clericales o blasquistas y sorianistas, ahora la dialéctica social del periodo de entreguerras imponía la de derechas e izquierdas.

# LAS PROVINCIAS

VALENCIA

Jueves 16 de Abril de 1931

5Mn. 20JDI

## Proclamación de la República en Valencia



La multitud de Valencianos celebrando la proclamación de la República, a la salida de la plaza de San Juan.

Valencia como escenario de juegos sociales urbanos, como lugar de confrontación de intereses modernos. En primer lugar, los políticos, vividos aquí de forma descarnada, con pasión, tanto en el ayuntamiento como en la calle. Si antaño los alborotos de las calles los habían protagonizado blasquistas y clericales o blasquistas y sorianistas, ahora la dialéctica social del periodo de entreguerras imponía la de derechas e izquierdas.

«Proclamación de la República en Valencia», *Las Provincias*, Valencia, 20.131, 16 de abril de 1931. Biblioteca particular, Valencia.

Antes y ahora, la ciudad había tenido mucho de conservadora y católica, poco de socialista y sí mucho de blasquista. El atractivo del republicanismo siempre había residido en su difuso proyecto modernizador de la ciudad, así como en su práctica populista, muy bien recibida por las clases medias urbanas, la pequeña burguesía del comercio e, incluso, sectores obreros —las masas federales de Blasco Ibáñez. Como destacó Ramir Reig, la ideología meritocrática de los profesionales liberales y el talante emprendedor de algunos industriales de la ciudad inclinaban sus simpatías políticas hacia un republicanismo moderado como el blasquismo, en el que veían la personificación de una ciudad abierta. El blasquismo había nacido como un partido urbano por convicción propia y toda su política estuvo dirigida a revalorizar el papel de la ciudad desde su control municipal, aunque siempre sin demasiado éxito.



Esta identificación de amplias capas de la ciudad con el blasquismo, no obstante, se rompió durante la Segunda República a causa del empuje del nuevo catolicismo político de la DRV y al planteamiento de la cuestión social y obrera, determinante en la consolidación de los partidos de izquierda y de centro-izquierda (socialistas, azañistas, valeristas) y la pérdida progresiva de apoyos políticos y sociales del PURA blasquista de Sigfrido Blasco y Ricardo Samper a mediados de la década de los 30. De la ciudad de «blasquistas y clericales» de la restauración se pasa a la de «católicos conservadores y republicanos de izquierda» de la Segunda República y, finalmente, a la Valencia «obrero y popular» de la Guerra Civil.

La presencia del catolicismo en las manifestaciones sociales urbanas de los valencianos era ostensible en estos años. Las cifras lo testifican. En 1931 la diócesis de Valencia tenía 1.058.014 habitantes, atendidos por 1.292 capellanes, con 727 seminaristas preparándose, 406 religiosos viviendo en 40 conventos y 3.656 monjas con 211 casas religiosas. La ciudad, además, contaba con una catedral y 13 grandes parroquias, que agrupaban a un total de 94 templos, además de una densa red de instituciones benéficas, asistenciales y educativas. Todo eso sujeto a la autoridad arzobispal de Prudencio Melo Alcalde, cuya etapa coincidirá con la eclosión religiosa que desveló la coronación de la imagen de la Mare de Déu dels Desemparats (1922), las cooperativas y el sindicalismo católico, animado este por los discípulos del Pare Vicent, así como por la introducción de las reformas litúrgicas de Pío X (comunión y catequesis de los niños, música que devolvía al gregoriano...), el neotomismo promocionado por León XIII y la Acción Católica de Pío XI.

Con todo este entramado institucional, la acción social y religiosa de los católicos de la ciudad intentaría contrarrestar los ya tradicionales ataques anticlericales de blasquistas, socialistas y anarquistas, apagados durante los años de la dictadura de Primo de Rivera, pero resucitados durante la República. Católica y anticlerical, la Valencia de la década de los treinta vivirá con pasión estos enfrentamientos en el ayuntamiento y en la calle entre partidarios y detractores de la presencia de lo religioso en las fiestas,

La presencia del catolicismo en las manifestaciones sociales urbanas de los valencianos era ostensible en estos años. Las cifras lo testifican. En 1931 la diócesis de Valencia tenía 1.058.014 habitantes, atendidos por 1.292 capellanes, con 727 seminaristas preparándose, 406 religiosos viviendo en 40 conventos y 3.656 monjas con 211 casas religiosas. La ciudad, además, contaba con una catedral y 13 grandes parroquias, que agrupaban a un total de 94 templos, además de una densa red de instituciones benéficas, asistenciales y educativas. Todo eso sujeto a la autoridad arzobispal de Prudencio Melo Alcalde.

Salida de la procesión del Corpus durante los años 30. Archivo Gráfico José Huguet.



en las manifestaciones públicas (las procesiones), en la educación o, en fin, en la moral y las costumbres.

Y no era por casualidad. De una parte, porque el espíritu laico estaba muy arraigado entre sectores burgueses urbanos. Cargada de tradición, buena parte de la burguesía democrática y republicana participaba del idealismo hegeliano y el institucionalismo, aprendido en los proyectos educativos liberales y racionalistas de la ciudad, y ejercido en las decenas de logias masónicas instaladas en Valencia desde finales del siglo anterior. De otra, por la presencia de un anarquismo urbano, importando entre los obreros industriales de la ciudad y del puerto, muy combativo en cuestiones morales y clericales, y la cultura alternativa del que siempre tuvo un amplio eco en medios sindicales y culturales populares (editoriales, revistas, casinos, ateneos...).

El atractivo de la ciudad residía precisamente en eso, que el juego social podía expresarse con libertad. A veces lo hacía de forma espontánea y difusa, sin apenas dirección ni canalización orgánica previa. La mayoría, no obstante, resultaban de acciones sociales perfectamente encuadradas a través de la densa red asociativa existente en la ciudad desde principios de siglo. Con el nuevo régimen democrático, este ya de por sí denso y abigarrado entramado social se enriqueció notablemente, influido sin duda por la politización del conjunto social y por la riqueza de intereses que provocó el periodo de entreguerras tanto en el universo de la política, como en el mundo profesional, en la cultura, el ocio o el deporte. Si nos atenemos al número, presencia social o actividades, la capacidad de reanimación de la vida social urbana por parte de este entramado asociativo (con una quincena de partidos políticos, una docena de ateneos y casinos y un centenar de entidades culturales y deportivas) fue notable. Sólo de carácter socio-profesional (sindicatos, entidades económicas y patronales) la provincia de Valencia contaba el 1933 con 503 asociaciones obreras y 73.064 afiliados y 243 patronales con 14.773 socios.

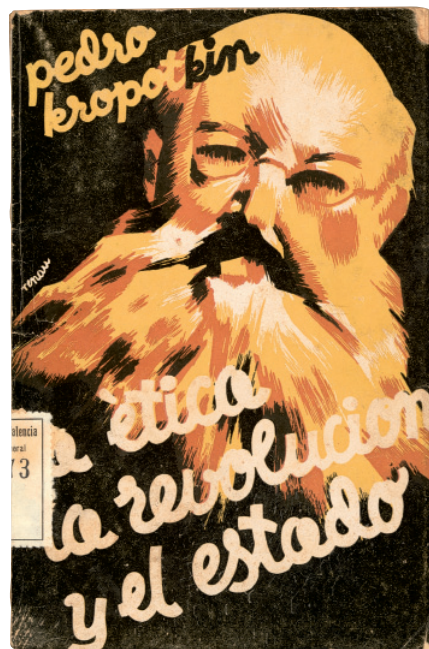
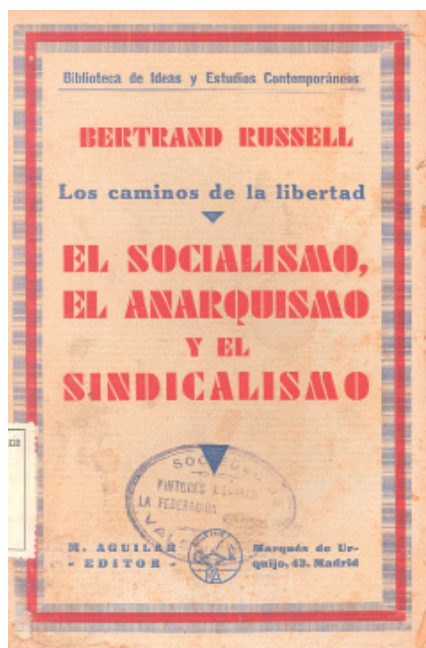
Por otro lado, la ciudad de masas irrumpe con fuerza en estos años, haciéndose perceptible en el propio espacio urbano de Valencia.

Si nos atenemos al número, presencia social o actividades, la capacidad de reanimación de la vida social urbana por parte del entramado asociativo (con una quincena de partidos políticos, una docena de ateneos y casinos y un centenar de entidades culturales y deportivas) fue notable. Sólo de carácter socio-profesional (sindicatos, entidades económicas y patronales) la provincia de Valencia contaba el 1933 con 503 asociaciones obreras y 73.064 afiliados y 243 patronales con 14.773 socios.

Fue importante la presencia de un anarquismo urbano, importando entre los obreros industriales de la ciudad y del puerto, muy combativo en cuestiones morales y clericales, y la cultura alternativa del que siempre tuvo un amplio eco en medios sindicales y culturales populares (editoriales, revistas, casinos, ateneos...)

Bertrand Russell, *Los caminos de la libertad. El socialismo, el anarquismo y el sindicalismo*, Madrid, M. Aguilar Editor, 1934. Con el sello de la Sociedad de Pintores Murales La Federación, de Valencia. Biblioteca de la Universitat de València.

Pedro Kropotkine, *La ética, la revolución y el estado*, Valencia, Estudios, s.a. Cubierta de Josep Renau. Biblioteca de la Universitat de València.





Recuperados como espacios sociopolíticos desde finales de la Dictadura, sus calles serán protagonistas de manifestaciones de masas sin parangón en la década de los treinta. El 14 de abril de 1931 fue una de esas jornadas históricas que jalonan la memoria de una ciudad. Valencia vivió la proclamación de la República con pasión, en medio de un baño de multitudes, con decenas de miles de ciudadanos apiñados en la plaza de Emilio Castelar entusiasmados con el cambio de régimen. Y a lo largo de la República este tipo de manifestaciones se volvería a repetir con motivo de las campañas electorales de 1931, 1933 y 1936; o las jornadas de los 1º de mayo, celebradas con manifestaciones, actos obreros y fiestas populares en los centros sindicales. A finales de 1932, con motivo de la repatriación de los restos de Blasco Ibáñez, muerto en Mentón el 1928, la ciudad también se vio alterada por el entusiasmo que rodeó en los funerales del ilustre patricio republicano. El traslado del féretro desde el puerto al ayuntamiento fue un espectáculo de masas inolvidable para aquellos que lo vivieran. Su imagen, como la fiesta popular de 14 de abril del 1931 o el célebre mitin de Azaña en la Plaza de Toros en la campaña electoral de febrero de 1936, quedarán siempre asociadas al recuerdo de la Valencia republicana.

#### Una ciudad para el ocio y la cultura

Junto a estas lógicas expectativas políticas, las transformaciones producidas durante estas décadas abrieron asimismo nuevas energías en el terreno sociocultural y cotidiano que, sin generar impulsos extraordinarios, se acomodaron a las exigencias digamos modernas de cualquier sociedad europea de aquellos tiempos. Sobre todo durante la República, que supo alimentar a los nuevos grupos sociales intermedios urbanos con viandas y bienes de consumo más a tono con el gusto y las necesidades impuestas por los nuevos aires de entreguerras.

En determinados ámbitos este aire fresco fue suficiente para arrastrar la cultura elitista y el gusto *dandy*, burgués y bienpensante del *noucentisme*. Los intelectuales modernistas inconformistas dejaron de tener sentido con esta democratización de la cultura y la sociedad de masas, cuyos aires no coincidían en absoluto con el individualismo, sino con el compromiso y el populismo democrático que acompaña a esta acentuación del consumo de bienes culturales y de ocio como distracción y diversión.

Prueba de ello es que en Valencia las tertulias, antes elitistas y extravagantes, se trasladarán de los tradicionales cafés (España, Ateneo, Agricultura, Inglés o de la Escocesa) a las nuevas cafeterías, como el moderno y concurrido Lyon d'Or, el Ideal Room, el Café del Siglo, las cervecerías París y Fénix o el Café Wodka, locales frecuentados por intelectuales y artistas como Max Aub, Renau, Ángel Gaos o Gil-Albert, por políticos y por inquietos jóvenes interesados por las más variadas actividades culturales.

Su contrapunto eran las populares tabernas y casas de comidas del centro y de las barriadas periféricas. Animadas todo el día por proletarios industriales, obreros, dependientas o agricultores de la Huerta, continuaban manteniendo la tradición de las clásicas tabernas populares de principios de siglo (Casa Cames, Capellà, Felipa, Colau o de la Folguera), dedicadas a expender vinos y licores, a preparar comidas baratas o, incluso, a la venta de cualquier

El 14 de abril de 1931 fue una de esas jornadas históricas que jalonan la memoria de una ciudad. Valencia vivió la proclamación de la República con pasión, en medio de un baño de multitudes, con decenas de miles de ciudadanos apiñados en la plaza de Emilio Castelar entusiasmados con el cambio de régimen.

lizado de la bandera republicana en el Gobierno Civil de Valencia.  
Archivo Histórico Municipal, Valencia.





Si la década de los 20 fue la de la creación y consolidación de los clubes deportivos, la confirmación definitiva de los deportes como espectáculo se produjo en los años 30, cuando dejó de ser un asunto de interés para practicantes y pequeños grupos de seguidores, para convertirse en auténticos espectáculos necesitados de grandes espacios deportivos capaces de albergar a miles de aficionados. El Valencia Football Club, creado en 1919, debió trasladar en 1929 su campo del Algirós al nuevo Mestalla por este motivo. Lo mismo que su eterno rival, el Gimnástico F.C. cambió su tradicional terreno de juego por el Stadium del río, situado entre los puentes de la Trinidad y del Real. Un club que, por cierto, acabaría fusionándose después con el Levante en un único equipo, eterno rival desde entonces del Valencia F.C.

Fragmento de periódico recuperado durante las obras de acondicionamiento del Palau Cerveró con la crónica de un partido entre el Valencia C.F. y el Gimnástico F.C. La cara posterior ofrece la crónica de una novillada. *El Mercantil Valenciano*, 25 de octubre de 1926. Universitat de València.

tipo de productos, desde vinagre o aceitunas a escobas y cacharros. Se trataba de estancias pequeñas, con una modesta barra y unas pocas mesas de hierro y mármol blanco, donde se respiraba la atmósfera de los olores fuertes del vino barato y del aceite hirviendo. Los signos externos de sus parroquianos (blusa, mono, guardapolvo, alpargatas, y gorras o boinas), así como sus conversaciones, centradas en los toros o en el púgil de moda, delataban una extracción social y unas preocupaciones muy diferentes de las de los cafés.

En cuanto a la alta cultura, la lánguida vida de las instituciones burguesas tradicionales (Ateneo Mercantil, Sociedad de Agricultura, Centro de Cultura Valenciana, Lo Rat Penat, Academia de San Carlos), no dejaba de contrastar con la vitalidad y la renovación de jóvenes entidades como la Sociedad Filarmónica, la Sociedad Coral El Micalet o los vanguardistas focos culturales obreros republicanos o anarquistas.

En estos años, además, en que se impone el gusto por los espectáculos, el deporte y el ocio, Valencia no dejó de esforzarse por cubrir a su modo y manera este tipo de demandas. La afición desmesurada por la zarzuela, la revista, el *music-hall*, el vodevil, el cuplé o la canción española, obligó en teatros como el Ruzafa, el Apolo, el Alcázar o la Princesa a programar este tipo de



espectáculos, que eran recibidos con tanto entusiasmo como el cine sonoro (Doré, Metropole, Actualidades Film, Suizo, Tyrís, Capitol) o el teatro (desde el «teatro para pensar» al «teatro para reír», al sainete en valenciano o esporádicos conciertos de ópera), con una docena de locales nuevos construidos desde principios de siglo (Eslava, Grand Palais, Romea, Trianon Palace, Regüés, Benlliure, Nuestro Teatro, Libertad). En cuanto al mundo de la noche, ofrecía incluso mayores posibilidades, con salas de baile como el Hollywood, el Tabou o el Walkis; cabarets como el Bataclán, el Edén Concert y el Novedades; los *caus d'art* o cafés cantantes, como el As de Oros o la Gran Peña, siempre atentos a la programación de espectáculos picantes.

La práctica y, sobre todo, la contemplación del deporte se convirtieron en estos años en formas de sociabilidad complementarias a las existentes y en recurso de identidad local de primera magnitud. Si la década de los 20 fue la de la creación y consolidación de los clubes deportivos, la confirmación definitiva de los deportes como espectáculo se produjo en los años 30, cuando dejó de ser un asunto de interés para practicantes y pequeños grupos de seguidores, para convertirse en auténticos espectáculos necesitados de grandes espacios deportivos capaces de albergar a miles de aficionados. El Valencia Football Club, creado en 1919, debió trasladar en 1929 su campo del Algirós al nuevo Mestalla por este motivo. Lo mismo que su eterno rival, el Gimnástico F.C. cambió su tradicional terreno de juego por el Stadium del río, situado entre los puentes de la Trinidad y del Real. Un club que, por cierto, acabaría fusionándose después con el Levante en un único equipo, eterno rival desde entonces del Valencia F.C.

En cuanto a seguidores y afición, el boxeo no le iba a la zaga al fútbol. En las veladas del Cine Colyseum o de la Plaza de Toros desfilarán las mejores figuras del momento, como Sangchili, llegando a reunir hasta veinte mil personas. Otros deportes de interés eran los relacionados con las apuestas, como la pelota valenciana, el frontón (las partidas del Jai-Alai y del Frontón Valenciano) y las carreras de lebreles (en el tradicional Canódromo Vallejo). Pero también la natación (en la piscina de Las Arenas y en el Club Náutico), el motociclismo o el ciclismo, que tenía su cita anual en la Vuelta a Levante, organizada por el diario *El Pueblo*. Ligados al ámbito universitario y a la FUE, despuntaban igualmente el baloncesto, el rugby, el hockey y el atletismo. El espectáculo deportivo, con todo, no consiguió desplazar el interés de los valencianos por los toros (Vicente Barrera, Marcial Lalanda, Enrique Torres, Cagancho, Ortega, el Gallo o Belmonte) y los espectáculos cómico-aurinos L'Empastre o Llapissera.

En cuanto a seguidores y afición, el boxeo no le iba a la zaga al fútbol. En las veladas del Cine Colyseum o de la Plaza de Toros desfilarán las mejores figuras del momento, como Sangchili, llegando a reunir hasta veinte mil personas. Otros deportes de interés eran los relacionados con las apuestas, como la pelota valenciana, el frontón (las partidas del Jai-Alai y del Frontón Valenciano) y las carreras de lebreles (en el tradicional Canódromo Vallejo). Pero también la natación (en la piscina de Las Arenas y en el Club Náutico), el motociclismo o el ciclismo, que tenía su cita anual en la Vuelta a Levante, organizada por el diario *El Pueblo*.

El Club Náutico de Valencia en una imagen de una tarjeta postal editada por la imprenta José Durá Pérez.



Evidentemente, los medios de comunicación captaron con rapidez todos estos cambios y se esforzaron en cubrir al potencial público con lo que le interesaba: espectáculos, deporte, publicidad... La proliferación de revistas y magazines monográficos o la creciente atención de la prensa diaria por estos temas muestran hasta qué punto la cultura y el mercado de masas impulsa una prensa también de masas con periódicos como *El Mercantil Valenciano*, *Las Provincias*, *El Pueblo*, *La Correspondencia*, *Diario de Valencia* o *La Voz Valenciana* y una larga lista de revistas obreras y de semanarios especializados como *La Semana Gráfica*, *Valencia Atracción* o la popular *La Traca*. Con respecto a la radio, solo existía una emisora, *Unión Radio*, que emitía de 1 a 3 de la tarde y de 9 a 12 de la noche una programación basada en musicales y deportes.

De la misma manera que otras realidades asociadas a lo moderno, los cambios fueron perceptibles también en el consumo, el ocio y las costumbres. Los nuevos hábitos de consumo eran ya una realidad a Valencia desde los alcistas años 20, cuando se abrieron tiendas de cualquier tipo. Los primeros grandes almacenes, los de Ernesto Ferrer, habían sido construidos en 1918 en un moderno edificio de la plaza de Emilio Castelar, con toda la gama de productos imaginables, desde lavabos a accesorios de cualquier tipo para el calderero. Otra novedad fue la proliferación de tiendas especializadas (comestibles, bebidas, confiterías...), donde se podían adquirir productos de calidad e, incluso, de importación antes inimaginables como chocolates, quesos o postres al estilo británico.

El interés por la moda, además, reactivó las tiendas de corte y confección (como Oltra o Gamborino), que solían organizar intermitentemente

Ligados al ámbito universitario y a la FUE, despuntaban igualmente deportes como el baloncesto, el rugby, el hockey y el atletismo.

Camiseta deportiva de la FUE, c. 1931.  
Colección privada, Valencia.





desfiles de moda para un público que se enteraba de las novedades leyendo la publicidad y mirando las fotografías de la moda femenina en *La Semana Gráfica*. La oferta se vio pronto reforzada por la publicidad. De hecho el neón, el reclamo vistoso por excelencia, quedaría asociado definitivamente a la estética urbana que se estaba construyendo, como uno de los signos más definitorios de su modernidad.

Por otro lado, mientras las clases acomodadas disfrutaban en reputadas estaciones termales, como las de Cestona, Caldes de Montbui o Fortuna, las clases medias debían conformarse con los modestos balnearios locales (Bellús, Benimarfull, Cofrentes, Chulilla, Fuente Podrida y los populares baños del Almirante) o, simplemente, con las playas de la ciudad. En realidad, durante el verano en el balneario de Las Arenas y en los populares barracones levantados junto a los merenderos de la playa del Cabanyal, cualquiera podía disfrutar con plena libertad del sol y del baño. Lo mismo que en el Saler. Entre otras razones porque las estrictas reglas de separación por sexos en zonas de baño dejaron de tener sentido, como sucedió con tantas otras realidades, con la progresiva liberalización de las costumbres que acompañó a la República y a la Guerra Civil.

#### La ciudad de la guerra y el antifascismo

El golpe militar de las jornadas del 18 al 19 de julio de 1936, saldado en Valencia con un rotundo fracaso, fue el detonante de una guerra civil que para los valencianos se prolongó hasta el 1 de abril del 1939. Un conflicto que convirtió la ciudad en un privilegiado espacio de retaguardia sujeto a todo tipo de transformaciones. Entre las más importantes, las derivadas de la guerra misma, del peculiar proceso revolucionario abierto después del fallido golpe militar o de la temporal capitalidad republicana de Valencia.

Para empezar, la Valencia antifascista que hizo fracasar el golpe militar de julio de 1936 saliendo en la calle constituyó un poder popular alternativo a través de los comités y pasó a dirigir la retaguardia para hacer realidad la revolución. Los primeros meses de guerra fueron testigo de este tiempo

El interés por la moda, además, reactivó las tiendas de corte y confección (como Oltra o Gamborino), que solían organizar intermitentemente desfiles de moda para un público que se enteraba de las novedades leyendo la publicidad y mirando las fotografías de la moda femenina en *La Semana Gráfica*. La oferta se vio pronto reforzada por la publicidad. De hecho el neón, el reclamo vistoso por excelencia, quedaría asociado definitivamente a la estética urbana que se estaba construyendo, como uno de los signos más definitorios de su modernidad.

Tienda Oltra, Valencia años 30.



La Valencia antifascista que hizo fracasar el golpe militar de julio de 1936 saliendo en la calle constituyó un poder popular alternativo a través de los comités y pasó a dirigir la retaguardia para hacer realidad la revolución. Los primeros meses de guerra fueron testigo de este tiempo de revolución, presidido por el alistamiento de las milicias de voluntarios (Eixea-Uribe, Torres-Benedito, Columna de Hierro...) y su transporte en el frente (Teruel, Ibiza, Madrid, Andalucía), el control del orden público a través de la guardia popular antifascista, la creación de la nueva justicia popular, la confiscación de tierras y empresas, la ordenación de las colectividades (CLUEA, Consejo de Economía...), la política de abastecimiento a la población civil o la promoción de una «nueva cultura».

Miembros de una Brigada Mixta de Carabineros en Valencia. Colección Pascual Marzal.

Las milicianas combatieron en el frente tan sólo en los primeros meses de guerra, después trabajarán en la retaguardia. Colección Pascual Marzal.

de revolución, presidido por el alistamiento de las milicias de voluntarios (Eixea-Uribe, Torres-Benedito, Columna de Hierro...) y su transporte en el frente (Teruel, Ibiza, Madrid, Andalucía), el control del orden público a través de la guardia popular antifascista, la creación de la nueva justicia popular, la confiscación de tierras y empresas, la ordenación de las colectividades (CLUEA, Consejo de Economía...), la política de abastecimiento a la población civil o la promoción de una «nueva cultura».

Este tiempo de revolución se cuestionó no obstante muy pronto, por cuanto a primeros de noviembre de 1936 la formación del segundo gabinete de Largo Caballero, con presencia de cuatro ministros de la CNT, y el avance franquista sobre Madrid, legitimaron la reorganización de la retaguardia republicana y la posterior moderación del proceso revolucionario iniciado por los comités, con la nueva consigna de «primero la guerra». La llegada del gobierno en noviembre de ese mismo año, por otro lado, convirtió Valencia en la capital provisional de la República. Y, como era de esperar, la cohabitación con el poder central republicano afectó el ímpetu revolucionario vivido hasta entonces por la ciudad, así como sus míticas realizaciones, especialmente a la gestión colectiva y al control obrero de las empresas o a la política de guerra, reconducida por el proceso de militarización de las columnas de voluntarios y la reordenación de los frentes.

A lo largo del 1937 el orden se impondrá en la ciudad. Y con él realidades como las represalias y «paseos», la quema de edificios religiosos y de archivos o la ocupación de casas y tierras, fueron desapareciendo en beneficio de una retaguardia más tranquila y controlada por las autoridades republicanas, instaladas en una Valencia convertida en capital del antifascismo mundial y en foco político y cultural de permanente agitación.

Desde el punto de vista urbano, la guerra, la revolución y el traslado del gobierno de la República contribuyeron a darle a la ciudad un carácter más cosmopolita y, a la vez, popular. De hecho, Valencia debió transformar su fisonomía y las sociabilidades urbanas para afrontar este nuevo papel como capital de una ciudad en guerra y como faro del antifascismo internacional, especialmente durante el año de la capitalidad republicana. En primer lugar

para acomodar el gobierno y a los decenas de miles de refugiados que huían de Madrid y de los frentes.

La instalación de las instituciones gubernamentales fue muy rápida y en unas pocas semanas, después de su previa confiscación, medio centenar de emblemáticos edificios fueron habilitados para servir de inmuebles oficiales, ya fuera de ministerios y altas instituciones de la República, ya para acomodar despachos y oficinas o sedes de partidos políticos del Frente Popular o de sindicatos, ya para residencias oficiales. En el edificio de Capitanía General se instaló la Presidencia de la República, mientras la Presidencia del Gobierno lo hizo en el palacio de Benicarló y antiguos edificios señoriales, sedes de agrupaciones políticas conservadoras o inmuebles urbanos de conocidas familias burguesas del centro de la ciudad fueron confiscados para habilitar ministerios, dependencias de partidos y sindicatos centrales, organizaciones juveniles o de mujeres y organizaciones internacionales de ayuda como Socorro Rojo Internacional, Solidaridad Internacional Antifascista, etc.

Después del gobierno llegaron, además, cientos de funcionarios, líderes políticos y sindicales, diplomáticos extranjeros, intelectuales y artistas, periodistas y reporteros, observadores de organismos internacionales y decenas de asesores militares y espías. Conocidos hoteles de la ciudad como el Metropole, el Inglés o la Victoria, albergaron a muchos de estos acompañantes del gobierno de la República, entre ellos personajes célebres del corte de E. Hemingway, Julien Benda, Ilyà Ehrenburg, A. Tolstoi, M. Koltsov o el embajador soviético. Mientras los intelectuales y artistas de Madrid o de las zonas republicanas ocupadas se instalaban en el Hotel Palace —en el número 49 de la céntrica calle de la Paz—, convertido en Casa de la Cultura (popularmente conocido por los valencianos como el *casal dels sabuts*) y después sede del Ministerio de Instrucción Pública. El mayor contingente, no obstante, lo constituyó el de decenas de miles de refugiados, entre ellos un importante colectivo de niños y niñas, que huían del frente de guerra o de la ya iniciada represión franquista, a los que por solidaridad debió dar cobijo, alimentación, servicios (educativos, sanitarios, asistenciales...). Al co-

Desde el punto de vista urbano, la guerra, la revolución y el traslado del gobierno de la República contribuyeron a darle a la ciudad un carácter más cosmopolita y, a la vez, popular. De hecho, Valencia debió transformar su fisonomía y las sociabilidades urbanas para afrontar este nuevo papel como capital de una ciudad en guerra y como faro del antifascismo internacional, especialmente durante el año de la capitalidad republicana. En primer lugar para acomodar el gobierno y a los decenas de miles de refugiados que huían de Madrid y de los frentes.



Cabalgata del 6 de enero de 1937.  
AGA-Archivo Rojo.



Teatros como el Principal, Apolo, Nuestro Teatro, Eslava o salas cinematográficas como el Metropole, Capitol, Suizo, Tyris o el Olimpia, fueron los espacios preferidos para celebrar homenajes a antifascistas muertos en el frente, a líderes históricos del movimiento obrero y a países amigos de la causa republicana, o para celebrar multitudinarios mítines y todo tipo de conferencias y congresos nacionales, regionales o locales del Frente Popular. Actos de movilización de masas y de propaganda sociopolítica, que estuvieron acompañados de todo tipo de actividades culturales, exposiciones, conferencias y congresos de intelectuales, entre ellos el histórico II Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura, inaugurado el 4 de julio de 1937 en el salón de sesiones del Ayuntamiento. El congreso, que contó con la participación de intelectuales de la talla de André Malraux, Tristan Tzara, Octavio Paz, Alejo Carpentier o Pablo Neruda, constituyó la expresión más preclara de solidaridad de los intelectuales antifascistas de todo el mundo con la República.

Acto de homenaje a los pueblos de México y la URSS en reconocimiento a la ayuda ofrecida a la República. Teatro Principal, 8 de noviembre de 1936. Foto: Vidal Corella, AGA.

André Malraux. Foto: Albero y Segovia, AGA-Archivo Rojo.



mienzo de 1937, las comarcas centrales, que contaban con una población en torno a las 926.000 personas, albergaban unos 160.000 refugiados.

Durante estos meses de capitalidad, por otro lado, la ciudad no pudo sustraerse al nuevo imaginario simbólico asociado al mito de la revolución y a la lucha contra el fascismo. Al contrario, fue pionera en la eliminación de las manifestaciones religiosas o en la sustitución de la tradicional onomástica de la guía de calles por la nueva mitología, que impuso nombres como avenida de la Unión Soviética (Blasco Ibáñez), calle Largo Caballero (San Vicente), avenida Lenin (avenida del Puerto) o plaza Roja (Tetuán).

El cambio urbano era visible hasta en el más pequeño detalle. De un lado por la presencia constante de gente en la calle, lo cual le daba una animación —diurna y nocturna— inusitada a la ciudad. En primer lugar de milicianos y milicianas exhibiendo el armamento más variado, enfundados en monos o vestidos con desabrochadas guerreras o pellizas desgastadas, con brazaletes, cascos metálicos, boinas y gorras de doble pico luciendo los colores de la CNT, calzados con botas militares o simples alpargatas, y haciendo ostentación de correajes y cartucheras. Pero también simples vecinos, funcionarios, visitantes o refugiados, vestidos de forma proletaria, sin signos burgueses externos, como corbatas o sombreros elegantes, dispuestos a aplaudir desfiles, corear himnos revolucionarios o a mezclarse en las terrazas y cafés del centro (Aparicio, Balanzá, Lauria, Barrachina...) con milicianos y soldados.

Unos y otros, siempre dispuestos a desfilan con el menor pretexto por las calles y plazas de la ciudad, a asistir a los casi diarios mítines antifascistas o a participar de la estética popular, que creaba la ilusión de vivir en una sociedad nueva e igualitaria con sus saludos puño al aire, sus coloristas distintivos (el rojo comunista, el rojo y negro confederal, el tricolor republicano o el cuatribarrado amarillo y rojo valencianista), sus gritos y consignas o sus himnos: *La Marsellesa*, *La Internacional*, *A las barricadas...*

Evidentemente, con la llegada del gobierno de la República reaparecieron sombreros y corbatas, los buenos trajes y los brillantes calzados. Y también las demandas de restauración, de espectáculos (teatro, cine, deportes, toros) e incluso de cabarets y prostitutas, que volvieron a darle un tono de *dolce vita* a la ciudad: «el frente de Ruzafa», como era calificado malévola-

mente y no exento de tono crítico por la prensa confederal o los diarios de Madrid. Asunción de frivolidad que los valencianos no entendían, porque asociaban esta imagen a las demandas de los ‘nuevos vecinos’ venidos de Madrid con el gobierno. En cuanto a la oferta cinematográfica o teatral, solo apuntar que los 7 teatros y los 35 cines existentes en la ciudad no dejaron de programar actividades.

Durante el primer año de conflicto Valencia vivió bien abastecida. Pronto, no obstante, debió imponerse una política de control y racionamiento de productos alimentarios como la carne, el azúcar, el aceite o las legumbres y, posteriormente, del arroz o del pan. Lo mismo que ocurrió con el combustible o la electricidad. Desde marzo de 1937 era obligatoria la cartilla de racionamiento y restaurantes y cafeterías impusieron el barato y popular «cubierto de guerra». El tabaco escaseó durante toda la guerra y al final casi desapareció de los estancos de retaguardia. Sólo las excepcionales importaciones de tabaco ruso o inglés o el consumo de cualquier tipo de hierbas o hojas secas susceptibles de quemarse, pudieron paliar la escasa oferta tabaco. Con todo, la ciudad siempre pudo servir succulentos ágapes y buenas comidas a los más privilegiados. Algunos corresponsales extranjeros destacaron como se podía consumir este tipo de comer lujoso en el Hotel Victoria o La Marcelina.

La capitalidad republicana supuso asimismo una creciente politización de la ciudad, visible en calles y plazas, siempre llenas de pequeños y enormes carteles, enganchados por partidos y sindicatos en sus fachadas o por el Ministerio de Propaganda en edificios oficiales (ayuntamiento, ministerios, Ateneo Mercantil, calle de la Paz, etc...). El Ministerio de Instrucción Pública habilitó una tribuna de agitación en la plaza de Castelar (la actual plaza del Ayuntamiento). Mientras el Rialto programaba películas soviéticas (*Los marinos de Cronstadt*, *Chapàiev*) por elevar la moral de los combatientes y de la retaguardia. Objetivo que intentaban cubrir diariamente todo tipo de concentraciones, desfiles, manifestaciones, mítines, conferencias y congresos, promovidos por partidos, sindicatos y organizaciones internacionales de ayuda.

Teatros como el Principal, Apolo, Nuestro Teatro, Eslava o salas cinematográficas como el Metropole, Capitol, Suizo, Tyris o el Olimpia, fueron los espacios preferidos para celebrar homenajes a antifascistas muertos en el frente (Durruti), a líderes históricos del movimiento obrero y a países amigos de la causa republicana (México, la Unión Soviética), o para celebrar multitudinarios mítines y todo tipo de conferencias y congresos nacionales, regionales o locales del Frente Popular. Actos de movilización de masas y de propaganda sociopolítica, que estuvieron acompañados de todo tipo de actividades culturales, exposiciones, conferencias y congresos de intelectuales, entre ellos el histórico II Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura, inaugurado el 4 de julio de 1937 en el salón de sesiones del Ayuntamiento. El congreso, que contó con la participación de intelectuales de la talla de André Malraux, Tristan Tzara, Octavio Paz, Alejo Carpentier o Pablo Neruda, constituyó la expresión más preclara de solidaridad de los intelectuales antifascistas de todo el mundo con la República.

En octubre de 1937 el gobierno fijaba su residencia en Barcelona, imponiéndose hasta finales de la contienda una política de militarización de la retaguardia, que avanzaba a medida que Valencia descubría el dramático y destructivo rostro de la guerra por la proximidad de los frentes, la movi-



Durante el primer año de conflicto Valencia vivió bien abastecida. Pronto, no obstante, debió imponerse una política de control y racionamiento de productos alimentarios como la carne, el azúcar, el aceite o las legumbres y, posteriormente, del arroz o del pan. Lo mismo que ocurrió con el combustible o la electricidad. Desde marzo de 1937 era obligatoria la cartilla de racionamiento y restaurantes y cafeterías impusieron el barato y popular «cubierto de guerra». El tabaco escaseó durante toda la guerra y al final casi desapareció de los estancos de retaguardia. Sólo las excepcionales importaciones de tabaco ruso o inglés o el consumo de cualquier tipo de hierbas o hojas secas susceptibles de quemarse, pudieron paliar la escasa oferta tabaco.

Paquete de tabaco.  
Colección Pascual Marzal.



En octubre de 1937 el gobierno fijaba su residencia en Barcelona, imponiéndose hasta finales de la contienda una política de militarización de la retaguardia, que avanzaba a medida que Valencia descubría el dramático y destructivo rostro de la guerra por la proximidad de los frentes, la movilización de nuevas quintas, la construcción de refugios y la intensificación de los bombardeos. En Valencia, 442 a lo largo de dos años, con 825 muertos, 2.831 heridos y 930 edificios destruidos, especialmente en los Poblados Marítimos (Natzaret, el Cabanyal y el Puerto del Grao). La proximidad del frente imprimió en la ciudad un perfil más bélico y sombrío, dibujado por las crecientes dificultades de abastecimiento, el hambre, las colas y la desmoralización.



Trabajos de desescombro tras los bombardeos del 28 de mayo de 1937 en el barrio de Cantarranas. Foto: AGA.  
Efecto de un bombardeo en el Asilo de Lactancia o Guardería Severino Chacón. Foto: Finezas. Biblioteca Valenciana.

lización de nuevas quintas, la construcción de refugios y la intensificación de los bombardeos. En Valencia, 442 a lo largo de dos años, con 825 muertos, 2.831 heridos y 930 edificios destruidos, especialmente en los Poblados Marítimos (Natzaret, el Cabanyal y el Puerto del Grao). La proximidad del frente imprimió en la ciudad un perfil más bélico y sombrío, dibujado por las crecientes dificultades de abastecimiento, el hambre, las colas y la desmoralización.



En cuanto a la vida política, las instituciones valencianas quedaron prácticamente paralizadas hasta que a finales de marzo del 1939. Perdida ya la guerra, llegaba a la ciudad el coronel Casado, quien, después de mantener conversaciones con las autoridades locales y la quinta columna, fijaba los términos en que debería producirse la ocupación franquista de la ciudad. El 29 de marzo por la mañana, algunas fachadas del centro de Valencia se engalanaban ya con banderas rojas y amarillas, y grupos de falangistas patrullaban por las calles emitiendo consignas nacionalistas. El día siguiente, el 30, desfilaba ya por la plaza de Emilio Castelar, ante el ayuntamiento, el cuerpo de ejército de Galicia, que comandaba el general Aranda Mata, encabezado por el también general Martín Alonso y la bandera valenciana de FET-JONS. Y pocas horas después la Columna de Orden y Política de Ocupación se hacía cargo de las calles de Valencia, mientras tomaba posesión de la ciudad el nuevo alcalde, Joaquín Manglano, barón de Cárcer y de Llaurí. Lo que ocurrió después, es bien conocido: una paz teñida de prisiones, de campos de concentración y de muerte. La ciudad moderna de los veinte y de los treinta daba paso a otra Valencia, la franquista de posguerra.

## LA DICTADURA FRANQUISTA

### La implantación del régimen: ocupación y represión

[ISMAEL SAZ -UVEG-]

La Valencia republicana, la Valencia roja y revolucionaria, la que había sido capital de la República durante una fase de la guerra civil, experimentó el fin de ésta de un modo en principio poco traumático. El golpe de Estado del coronel Casado condujo directamente al derrumbe de la resistencia republicana, lo que unido a la determinación franquista de alcanzar una victoria total sin más negociación que la que condujera a la rendición incondicional, selló la suerte de la República y la de los territorios todavía no ocupados. En Valencia, dentro de la misma lógica «casadista», las autoridades republicanas pactaron con los falangistas locales la entrega de la ciudad sin resistencia. Se trataba de evitar un último e inútil derramamiento de sangre; pero también, en la lógica falangista, de asentar una imagen de colaboración de la población local con los vencedores, de modo que no todo se redujese a la pura y simple ocupación militar. En la práctica, ambas dinámicas se superpusieron, de modo que el día 29 de marzo los franquistas locales pudieron celebrar ya en las calles la victoria y el día siguiente eran las tropas de ocupación al mando de general Aranda las que desfilaban por la ciudad.

Para la mayoría de la población, cualesquiera fueran sus sentimientos políticos, el fin de la guerra era, en sí mismo, el fin de una pesadilla. Significaba, o eso se esperaba, el fin de los sufrimientos, de la miseria y de la violencia, la vuelta a una cierta normalidad. No para todos claro, los más comprometidos con la República, o los más clarividentes, tenían poderosas razones para sospechar que la paz que se iba a imponer no era otra cosa que una continuación de la guerra por otros medios. Muchos de ellos huyeron hacia Alicante para quedar atrapados en su puerto y quedar a disposición de las nuevas autoridades.